

dad. Así en *La desheredada* y en *Tormento*.

En su última época, sin embargo, muy posiblemente bajo la influencia del neocristianismo de la novela rusa de Tolstói (véanse entre las más significativas y admirables *Resurrección* y *La guerra y la paz*), Galdós se inclina hacia la novela psicológica de tendencia espiritualista. *Angel Guerra*, *Nazarín*, *Misericordia*, predicán el amor al prójimo y la caridad, exaltan las virtudes del perdón y el arrepentimiento.

Contemporáneo de Galdós, nace diez años después que éste, es Armando Palacio Valdés (1853-1936). Este novelista asturiano, de espíritu tranquilo y apacible, refleja en sus obras su carácter moderado y alegre donde no bulle ninguna «cuestión palpitante», como muy bien ha dicho estos días Melchor Fernández Almagro al hacer su semblanza en la revista *Insula*. Espíritu religioso, sin grandes inquietudes morales o sociales, Palacio Valdés logra darnos una novela costumbrista, amena y entretenida. La novela más famosa es *La hermana San Sulpicio*, donde se retrata el carácter andaluz de una mujer graciosa y expresiva, y el callado y serio de un gallego, que acaba casándose con ella. La prosa de Palacio Valdés es flúida y de gran sencillez y naturalidad; por eso toda su obra es de muy agradable y fácil lectura. Entre sus obras mejores merece citarse *La Aldea perdida*, de ambiente asturiano, *Marta y María* y *La alegría del capitán Ribot*.

Fué Palacio Valdés un autor muy leído y popular en su tiempo, a lo que contribuyó junto a otros méritos literarios la gracia y la ironía que se reflejan en sus relatos.

Otro asturiano insigne fué «Clarín» (Leopoldo Alas), que alcanzó renombre por su triple actividad como profesor universitario, como crítico respetado y temido a la vez por sus juicios justos y severos, y como novelista y autor de cuentos.

El *Padre Luis Coloma* también merece una mención especial en esta rápida ojeada sobre la novela. Escritor ameno y de pluma fácil se hizo famoso en su tiempo con la novela titulada *Pequeñeces*, en la que sigue el método naturalista para la descripción de personajes y el retrato de los vicios del ambiente aristocrático. Sin embargo, su actitud moralizadora le aparta de la escuela francesa y le hace caer en un excesivo sermoneo. Como todos los novelistas de su tiempo su principal mérito estriba en la perfección de los argumentos e intrigas y en la pintura de los caracteres. Escribió unos *Recuerdos de Fernán Caballero*, a la que trató personalmente, muy interesantes y distraídos, así como una gran cantidad de cuentos y narraciones cortas.

Hasta aquí hemos tratado de la novela, que, como ya dijimos, es el género de mayor importancia en la segunda mitad del siglo XIX. Nos falta la poesía y el teatro para completar el panorama de las letras de este período.

La poesía, ciertamente, también sufrió el influjo de las ideas filosóficas en boga y se contaminó del prosaísmo que dominaba toda la literatura. Cantar por sólo cantar pareció asunto frívolo a algunos poetas, que se sentían hombres progresivos interesados por las ideas de su tiempo.

*Don Ramón de Campoamor* (1817-1907) es el poeta que representa el buen sentido y el espíritu reflexivo de toda esta época.